



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Comunicación
Internacional

Trabajo Fin de Grado

***Fact-checking* en la Era Digital:
Modelos Tradicionales vs.
Modelos colectivos en la
construcción de la verdad**

Estudiante: **Gabriel Jaime González**

Directora: Dra. Ingrid Gil Sanromán

Madrid, febrero de 2025

Índice

1. Introducción.....	4
1.1. Justificación del estudio	4
1.2. Objetivos	6
1.3. Esquema del trabajo.....	7
2. Marco teórico	10
2.1. <i>Gatekeeping</i>	10
2.1.1. Los cimientos del <i>gatekeeping</i> : David White	10
2.1.2. El <i>gatekeeping</i> en la actualidad	11
2.2. Inteligencia colectiva: Pierre Lévy	14
2.3. La <i>sociedad red</i> y sus conmutadores: Manuel Castells Oliván.....	17
3. Antecedentes (revisión de la literatura)	20
3.1. Relacionados con el <i>fact-checking</i> tradicional	20
3.2. Relacionados con el <i>fact-checking</i> colectivo	21
3.3. Sobre la construcción de la verdad	22
3.4. Conclusiones de la revisión de la literatura.....	22
4. Metodología	24
5. Análisis comparativo de ambos modelos.....	26
5.1. Las dinámicas de poder.....	26
5.2. La autoridad percibida y la consiguiente confianza o desconfianza	28
5.3. La probabilidad de que la información sea errónea o manipulada	30
5.4. La generación de sesgos como consecuencia	31
6. Conclusiones, limitaciones, y posibles vías de investigación relacionadas	34
6.1. Conclusiones.....	34
6.2. Limitaciones del estudio y posibles líneas de investigación relacionadas	36
7. Bibliografía	38

1. Introducción

1.1. Justificación del estudio

Vivimos en un momento de la historia donde la información es más accesible que nunca, pero también más difícil de filtrar. La llegada de internet y las redes sociales ha supuesto una revolución en la forma en que las personas consumen, comparten y producen información, permitiendo que cualquier usuario con acceso a una plataforma digital pueda generar contenido de alcance global. Sin embargo, esta misma democratización ha traído consigo una sobrecarga informativa sin precedentes, en la que la rapidez y la masividad de los datos dificultan la distinción entre información verificada y desinformación.

Uno de los problemas principales en este escenario es la velocidad de propagación de la desinformación en comparación con la información verificada. Vosoughi, Roy y Aral (2018) demostraron en un estudio publicado en *Science* que las noticias falsas se difunden significativamente más rápido, más lejos y con mayor alcance que las verdaderas, especialmente cuando apelan a emociones como el miedo, la indignación o la sorpresa. Esta asimetría entre la producción de información falsa y la capacidad de verificación genera una desigualdad: mientras la desinformación se viraliza en segundos, la corrección de los hechos requiere tiempo y esfuerzo, y a menudo no logra el mismo nivel de difusión.

En este contexto, surge la necesidad del *fact-checking* como mecanismo para identificar y combatir la desinformación. Desde principios del siglo XXI, diversas organizaciones periodísticas y plataformas independientes han adoptado modelos de verificación que buscan garantizar el rigor informativo y corregir errores que puedan influir en la percepción pública de los hechos. Sin embargo, la propia práctica del *fact-checking* no está exenta de polémica. Como cualquier otro producto informativo, la verificación de hechos puede estar condicionada, lo que ha generado una creciente desconfianza en algunos sectores del público.

Esta crisis de confianza no solo afecta a la verificación de hechos, sino también a los medios de comunicación en general. Según el *Digital News Report* del *Reuters*

Institute (2023), el nivel de confianza en la prensa ha disminuido en numerosos países, con un porcentaje creciente de la población que percibe a los medios como actores sesgados o alineados con ciertos intereses. Como consecuencia, una parte del público ha optado por consumir información en redes sociales y plataformas alternativas, donde el contenido no pasa por filtros editoriales tradicionales. Paradójicamente, esta búsqueda de «información sin intermediarios» ha facilitado la propagación de desinformación, agravando aún más la problemática.

Ante este panorama, las plataformas digitales han comenzado a experimentar con nuevos modelos de verificación, en un intento por equilibrar la lucha contra la desinformación con la creciente demanda de transparencia y descentralización. En los últimos años, se ha observado un giro hacia el *fact-checking* gestionado por la propia comunidad, un modelo colectivo a través del cual los propios usuarios contribuyen a la corrección de información en tiempo real.

Un ejemplo reciente de esta transición es el anuncio de Mark Zuckerberg sobre la modificación del sistema de verificación en las plataformas de Meta. En lugar de depender exclusivamente de verificadores externos, Meta ha decidido adoptar un modelo más descentralizado, similar al de las Notas de la Comunidad en X (antiguo Twitter), propiedad de Elon Musk (McMahon, Kleinman y Subramanian, 2025).

Este cambio refleja una transformación en la gestión de la desinformación, donde cada vez más plataformas están adoptando modelos de verificación descentralizados basados en la participación de los propios usuarios. Esta tendencia abre nuevas preguntas sobre cuál es el modelo más eficaz y cuáles son sus implicaciones en la construcción de la verdad, pues ninguno de ellos está exento de desafíos y desventajas.

Además, la irrupción de nuevas tecnologías basadas en inteligencia artificial (IA) ha introducido desafíos adicionales en la verificación de información. Con la proliferación de *deepfakes*, audios sintéticos y contenido generado por IA, la capacidad de manipulación informativa ha alcanzado un nivel sin precedentes. Esto obliga a los modelos de *fact-checking* a evolucionar, adaptándose a nuevas

formas de desinformación que pueden resultar más difíciles de detectar con métodos convencionales.

1.2. Objetivos

En este contexto, el presente estudio tiene como finalidad comprender en profundidad cómo operan los modelos de *fact-checking* tradicional y colectivo, así como analizar sus diferencias en términos de funcionamiento, impacto social y capacidad para combatir la desinformación. El objetivo principal es comparar ambos modelos desde una perspectiva crítica, examinando no solo sus metodologías y estructuras internas, sino también cómo influyen en la percepción pública de la verdad, en la formación de la opinión y en la construcción del conocimiento. Este análisis se centra en varios ejes fundamentales que permiten entender las particularidades de cada enfoque.

Por un lado, se busca evaluar cómo se distribuye el poder en la verificación de hechos, considerando tanto el papel de los actores tradicionales —medios de comunicación y organizaciones especializadas—, como el de las plataformas digitales y las comunidades de usuarios que participan en procesos de verificación descentralizados. Esta dimensión resulta clave para comprender cómo ciertos agentes actúan como intermediarios en la circulación de la información, decidiendo qué hechos merecen ser verificados y con qué criterios.

Otro de los objetivos es analizar la autoridad percibida en ambos modelos y cómo esta influencia la confianza que el público deposita en las verificaciones. La credibilidad de quienes validan la información es un factor determinante en la lucha contra la desinformación, ya que afecta directamente a la disposición de las audiencias para aceptar o rechazar los resultados del *fact-checking*. En este sentido, el estudio examina cómo se construye esa autoridad en contextos donde la desconfianza hacia los medios tradicionales coexiste con el escepticismo hacia la veracidad de la información generada por la propia comunidad.

Asimismo, el trabajo se propone identificar los factores que pueden incrementar la probabilidad de errores o manipulaciones en ambos modelos. Se analizarán las vulnerabilidades inherentes a sus dinámicas internas, ya sea por la posible

influencia de sesgos editoriales en el modelo tradicional o por la facilidad con la que ciertos actores pueden distorsionar el proceso en sistemas descentralizados. Este punto de vista permitirá evaluar en qué medida los modelos de verificación están preparados para enfrentar amenazas complejas, como las campañas de desinformación coordinadas o el uso de tecnologías avanzadas para manipular contenidos.

Además, el estudio presta especial atención a los sesgos que estos modelos pueden generar en la audiencia como consecuencia de sus propios mecanismos de verificación. Lejos de ser procesos neutros, tanto el *fact-checking* tradicional como el colectivo contribuyen a moldear la forma en que las personas interpretan y valoran la información, lo que puede derivar en nuevos sesgos.

El propósito final de este trabajo no es determinar cuál de los dos modelos es superior, sino ofrecer una visión crítica y matizada sobre sus fortalezas y limitaciones. A través de este análisis, se busca aportar al debate académico y social sobre el *fact-checking* en la era digital, proporcionando herramientas conceptuales que permitan reflexionar sobre cómo mejorar estos procesos y fortalecer la capacidad de la sociedad para enfrentar los desafíos de la desinformación en un entorno cada vez más saturado y complejo.

1.3. Esquema del trabajo

Este trabajo se organiza en los siguientes apartados:

En primer lugar, el marco teórico proporciona los fundamentos conceptuales que sustentan la investigación, abordando las teorías del *gatekeeping*, la inteligencia colectiva y la sociedad red, asociando las dos primeras a cada uno de los modelos de verificación e introduciendo la última para analizar las dinámicas de poder de ambos tipos de *fact-checking*.

A continuación, se presenta una revisión de la literatura, en la que se analizan estudios previos sobre *fact-checking*. Se exploran las principales investigaciones que han abordado ambos modelos de forma directa o indirecta,

Posteriormente, el apartado de análisis y discusión constituye el núcleo del estudio, donde se comparan los dos modelos de *fact-checking* a partir de cuatro dimensiones clave: las diferencias en sus dinámicas de poder, la autoridad percibida y la confianza que generan, la probabilidad de error o manipulación y los sesgos que pueden inducir en el público. Se examina cómo cada modelo gestiona la información, qué factores determinan su credibilidad ante las audiencias y qué vulnerabilidades pueden comprometer su eficacia.

Finalmente, el apartado de conclusiones sintetiza los hallazgos más relevantes y reflexiona sobre las implicaciones del estudio en el contexto actual. Se discuten las limitaciones de la investigación y se proponen posibles líneas de trabajo para estudios futuros, considerando la evolución del ecosistema informativo y la irrupción de nuevas tecnologías en la verificación de hechos.

2. Marco teórico

2.1. *Gatekeeping*

2.1.1. Los cimientos del *gatekeeping*: David White

La teoría del *gatekeeping* tiene sus raíces en el trabajo de David Manning White, quien en 1950 realizó un estudio fundamental sobre cómo los editores de noticias deciden qué información llega al público. En su artículo titulado «*The Gatekeeper: A Case Study in the Selection of News*», White examinó el proceso mediante el cual un editor de noticias, a quien llamó «Mr. Gates», seleccionaba y filtraba el contenido que finalmente sería publicado en un periódico local. El editor retenía una gran cantidad de material de agencias de noticias, y sus decisiones para rechazar o aceptar una historia dependían principalmente de sus juicios subjetivos. White descubrió que aproximadamente el 90% del contenido era rechazado por motivos que incluían tanto preferencias personales del editor como consideraciones prácticas, como la falta de espacio en el periódico.

Lo más revelador de este estudio fue que White concluyó que el proceso de *gatekeeping* estaba profundamente influenciado por las experiencias, actitudes y expectativas personales del editor. Mr. Gates descartaba noticias por ser, en su opinión, «poco interesantes», «sensacionalistas» o «demasiado difusas», decisiones que reflejaban su propio conjunto de valores más que un criterio objetivo (Manning White, 1950). Esta subjetividad en la selección de las noticias fue clave para establecer que el control sobre los flujos de información en los medios tradicionales dependía en gran medida de las preferencias individuales de los *gatekeepers*, en lugar de responder a una lógica puramente informativa o neutral.

El estudio de White sentó las bases para comprender cómo los *gatekeepers* en los medios de comunicación ejercen un control significativo sobre lo que el público conoce y lo que permanece invisible. Este proceso de selección, en última instancia, configura la realidad mediática al decidir qué hechos son dignos de ser reportados.

Para los fines de este TFG, el concepto de *gatekeeping* no se limita a la figura de un editor individual dentro de un medio de comunicación, sino que se refiere al proceso general mediante el cual los propios medios seleccionan, filtran y organizan la información que llega al público.

2.1.2. El *gatekeeping* en la actualidad

Acercando el *gatekeeping* al contexto de la actualidad, es fundamental reconocer cómo este proceso ha evolucionado y se ha adaptado a los cambios en los medios de comunicación. Mientras que la teoría original de David White en 1950 se centraba en decisiones editoriales individuales, hoy el *gatekeeping* es un proceso más amplio y complejo, influenciado por dinámicas organizacionales, tecnológicas y sociales. Esta visión contemporánea, desarrollada por Shoemaker y Vos, expande el concepto para explicar cómo los *gatekeepers* actuales siguen moldeando la realidad social, particularmente en el contexto de un flujo de información cada vez mayor y más diversificado.

El *gatekeeping* sigue siendo un proceso central en la creación de la realidad social, donde los *gatekeepers*, como periodistas y medios de comunicación, juegan un papel crucial al seleccionar y moldear la información que llega al público. Este proceso no solo decide qué eventos y temas son cubiertos, sino también cómo se presentan, influyendo directamente en la percepción pública. Shoemaker y Vos destacan que los medios filtran una enorme cantidad de información, reduciéndola a un conjunto manejable de mensajes que terminan moldeando la realidad social que la audiencia percibe. A través de esta selección, los *gatekeepers* determinan no solo qué información es considerada importante, sino también la forma en que esa información se representa, afectando tanto el contenido como la naturaleza de los mensajes transmitidos (Shoemaker & Vos, 2009, p. 1).

La importancia del *gatekeeping* radica en su capacidad para influir en los pensamientos y actitudes del público, al decidir qué temas reciben atención y cuáles se omiten. Esta filtración de información tiene el poder de incluir ciertos hechos y excluir otros, lo que significa que aquello que pasa por los *gatekeepers* puede llegar a formar parte de la realidad social de las personas, mientras que lo

que no lo hace queda fuera del conocimiento público. Esto afecta la percepción del público sobre la importancia de ciertos eventos, temas o actores, otorgando a los gatekeepers un rol central en la construcción de lo que se entiende como «realidad» en un contexto mediático (Shoemaker & Vos, 2009, pp. 2-3).

El proceso del *gatekeeping* no se limita únicamente a la selección de información, sino que también abarca cómo esa información es modificada y enmarcada antes de ser presentada al público. Shoemaker y Vos destacan que, una vez que la información pasa a través de los gatekeepers, su contenido no permanece intacto; más bien, es transformado para ajustarse a los contextos, normas y agendas de quienes gestionan su difusión (Shoemaker & Vos, 2009, p. 23). Este proceso, que incluye la reorganización, reducción o ampliación de los mensajes, resulta fundamental para moldear la realidad que el público percibe.

La modificación de la información, de acuerdo con Shoemaker y Vos, tiene lugar en varios niveles del proceso comunicativo. A medida que la información atraviesa diferentes puertas, los gatekeepers toman decisiones sobre cómo presentarla, qué aspectos resaltar y cuáles minimizar. Estas decisiones no solo determinan qué información llega al público, sino también cómo se estructura y qué interpretación puede derivarse de ella. El modo en que los mensajes son enmarcados y transformados afecta profundamente la manera en que la audiencia recibe, entiende e interpreta los hechos (Shoemaker & Vos, 2009, pp. 24-25).

Por otra parte, el *gatekeeping* en las organizaciones de medios desempeña un papel fundamental en la manera en que las noticias son seleccionadas y transmitidas al público. Shoemaker y Vos señalan que, además de las decisiones individuales de los periodistas, los procesos organizativos y las rutinas establecidas dentro de las instituciones mediáticas influyen directamente en la filtración de la información. Estos factores organizativos, como las jerarquías internas y las políticas editoriales, determinan qué historias son seleccionadas, cómo se priorizan ciertos temas y qué enfoque reciben (Shoemaker & Vos, 2009, p. 83). Las rutinas diarias de los medios y sus necesidades de producción afectan también la forma en que se presenta la información, lo cual impacta directamente en la visión que el público tiene de la realidad.

Asimismo, las decisiones que se toman dentro de estas organizaciones no solo afectan qué hechos son considerados importantes, sino también el tratamiento que se les da. Las noticias no solo se seleccionan, sino que son transformadas y enmarcadas según las prioridades de la organización, creando una narrativa que influye en la interpretación final del público. Estos mecanismos de control y filtrado organizativo resaltan la importancia de entender el *gatekeeping* como un proceso más amplio que no depende exclusivamente de la subjetividad de los individuos, sino que está profundamente enraizado en las dinámicas estructurales de las organizaciones mediáticas (Shoemaker & Vos, 2009, pp. 84-85).

Por último, en el análisis de los factores de influencia en el *gatekeeping*, Shoemaker y Vos destacan las diversas presiones y limitaciones externas que impactan el proceso de filtración de la información. Entre estos factores se encuentran las ideologías predominantes, los intereses comerciales, las relaciones con anunciantes y las presiones políticas, que pueden influir en las decisiones de los *gatekeepers* sobre qué noticias o eventos reciben cobertura y cómo se presentan al público (Shoemaker & Vos, 2009, p. 109). Estas fuerzas externas pueden sesgar la selección de la información y afectar la manera en que se enmarca, haciendo que ciertas historias ganen visibilidad mientras que otras se minimizan o son excluidas.

Los intereses comerciales, por ejemplo, juegan un papel significativo en la toma de decisiones dentro de las organizaciones mediáticas. La necesidad de mantener relaciones con anunciantes o de atraer audiencias más amplias puede llevar a que ciertos temas se prioricen en detrimento de otros, independientemente de su relevancia social o periodística. Además, las presiones ideológicas y políticas también influyen en estas dinámicas, ya que las organizaciones mediáticas pueden verse condicionadas por los contextos sociopolíticos en los que operan, adoptando posiciones editoriales que refuercen o desafíen determinados puntos de vista (Shoemaker & Vos, 2009, pp. 110-111).

Por lo tanto, el *gatekeeping* no ocurre en un vacío, sino que está en constante interacción con múltiples factores externos que lo condicionan. Comprender estas influencias es esencial para analizar la manera en que la información se selecciona y modifica, y, por consiguiente, para entender cómo se construyen las narrativas

que llegan al público tras las múltiples capas del proceso de filtrado de información en los medios de comunicación.

2.2. Inteligencia colectiva: Pierre Lévy

La inteligencia colectiva es un concepto desarrollado por Pierre Lévy en su obra *Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio* (1994). Según Lévy, este término se refiere a la capacidad de una comunidad de individuos para colaborar y construir conocimiento compartido, a partir de la idea de que «nadie lo sabe todo, todo el mundo sabe algo» (Lévy, 1994, p. 19). La clave del concepto reside en la noción de que el conocimiento está distribuido en todas partes y puede ser movilizado mediante la colaboración y la comunicación constante entre los miembros de una comunidad.

Lévy define la inteligencia colectiva como «una inteligencia repartida en todas partes, valorizada constantemente, coordinada en tiempo real», cuyo propósito es «el reconocimiento y el enriquecimiento mutuo de las personas» (Lévy, 1994, p. 19). A diferencia de las formas tradicionales de conocimiento, centralizadas y jerárquicas, donde el saber se concentra en instituciones o en expertos, la inteligencia colectiva se construye de manera descentralizada y fluida. Este enfoque promueve el intercambio constante de saberes, lo que permite a los individuos aprender unos de otros y aprovechar sus competencias de forma coordinada.

Una de las características principales de la inteligencia colectiva es su distribución del conocimiento. En este modelo, el saber no pertenece exclusivamente a una institución, autoridad o individuo específico, sino que está distribuido en todas partes. Cada persona posee una parte del conocimiento que, cuando se combina con el de los demás, contribuye al enriquecimiento colectivo de la comunidad. Lévy subraya que la inteligencia colectiva «valora las competencias de cada individuo» y permite que las diferencias y especialidades personales se transformen en un recurso para todos (Lévy, 1994, p. 22).

La coordinación en tiempo real es otro aspecto fundamental de este concepto. Lévy enfatiza que las tecnologías digitales y de la información juegan un papel crucial en

la capacidad de coordinar y movilizar la inteligencia distribuida. Las plataformas digitales permiten que las personas interactúen y colaboren en tiempo real, sin las limitaciones de la geografía o el tiempo. De este modo, el ciberespacio se convierte en un espacio virtual en el que los individuos pueden compartir, evaluar y mejorar continuamente la información y el conocimiento (Lévy, 1994, p. 22). Este tipo de coordinación es clave en la construcción de conocimientos que evolucionan de manera dinámica y flexible, adaptándose a las nuevas aportaciones que surgen.

Otro elemento clave en la teoría de Lévy es el aprendizaje recíproco. Cada miembro de una comunidad de inteligencia colectiva aporta sus competencias y conocimientos específicos, pero también aprende de los demás. Este proceso de intercambio continuo de saberes asegura que todos los participantes se beneficien del conocimiento del grupo y contribuyan al crecimiento colectivo (Lévy, 1994, p. 35). Lévy señala que este tipo de aprendizaje no sigue un esquema jerárquico tradicional, sino que es horizontal y colaborativo, lo que le da a la inteligencia colectiva una naturaleza abierta y democrática.

Además, el aprendizaje recíproco promueve la flexibilidad y la adaptación, ya que las competencias individuales pueden cambiar o expandirse en función de la interacción con otros. Este aspecto es esencial para la dinámica de la inteligencia colectiva, que se basa en la interdependencia y la cooperación entre los individuos. Lévy subraya que no se trata de una suma mecánica de conocimientos, sino de un proceso en el que las competencias se «valorizan» y «enriquecen» mutuamente (Lévy, 1994, p. 35).

Lévy también hace una importante distinción entre la inteligencia colectiva y lo que él llama inteligencia mecánica. En la inteligencia mecánica, los comportamientos individuales se coordinan de manera programada y sin reflexión consciente, como ocurre en los enjambres de insectos o en los sistemas altamente automatizados. En cambio, la inteligencia colectiva humana es consciente, culturalmente informada y socialmente estructurada (Lévy, 1994, p. 20). Lévy ilustra esta diferencia utilizando la metáfora del hormiguero: aunque las hormigas generan un comportamiento global inteligente, no son conscientes de sus acciones ni de su relación con las de las demás. En la inteligencia colectiva humana, los individuos

son plenamente conscientes de su participación en el proceso de colaboración y pueden reflexionar y adaptar sus contribuciones en función del contexto y los aportes de los demás.

Un aspecto fundamental que Lévy destaca es la idea de que las identidades en la inteligencia colectiva no están fijas ni definidas por un estatus social o una jerarquía preestablecida. En lugar de ello, las identidades se transforman continuamente en función de las competencias y conocimientos que los individuos aportan a la comunidad. La inteligencia colectiva permite que las personas se redefinan constantemente a través de su interacción con los demás, lo que facilita la pluralidad de saberes y la inclusión de múltiples perspectivas (Lévy, 1994, p. 36).

Este dinamismo en la construcción de identidades contribuye a la flexibilidad del proceso de creación de conocimiento, ya que no existen barreras rígidas entre los que poseen el conocimiento y los que lo adquieren. Todos los participantes pueden contribuir en función de sus habilidades, sin que existan restricciones basadas en su posición social o profesional.

Otro principio clave de la inteligencia colectiva es que la construcción del conocimiento no es un proceso lineal ni jerárquico, sino un fenómeno emergente que resulta de la interacción constante entre los miembros de la comunidad. Lévy subraya que el conocimiento colectivo se evalúa y reevalúa continuamente, lo que permite que evolucione y se adapte a las nuevas circunstancias y aportaciones (Lévy, 1994, p. 38). Este proceso es fluido y dinámico, ya que el conocimiento no se congela en estructuras fijas, sino que se mantiene en constante movimiento.

La inteligencia colectiva opera en un espacio compartido de conocimiento, que Lévy denomina “universo virtual de conocimientos” (Lévy, 1994, p. 45). Este espacio es esencialmente una plataforma donde las personas pueden colaborar y compartir información de manera transparente y abierta. Aquí, el conocimiento no solo se transmite, sino que también se reconfigura constantemente a medida que los individuos interactúan entre sí y aportan nuevas perspectivas. La inteligencia colectiva no se limita a la acumulación de datos, sino que promueve la

transformación continua del saber, evidenciando la dinámica misma de las interacciones sociales y tecnológicas.

Uno de los puntos más innovadores de la teoría de Lévy es la relación entre la inteligencia colectiva y la tecnología. Lévy argumenta que las tecnologías digitales han transformado profundamente la manera en que se genera y se comparte el conocimiento. En su obra *Cibercultura* (1997), amplía esta idea, señalando que las redes tecnológicas son el espacio donde la inteligencia colectiva puede florecer. Las herramientas tecnológicas permiten que las personas se conecten y colaboren en tiempo real, independientemente de las barreras físicas o temporales (Lévy, 1997). Este fenómeno amplifica el alcance y la eficiencia de la inteligencia colectiva, ya que facilita la coordinación y la integración de diversas fuentes de conocimiento.

2.3. La sociedad red y sus conmutadores: Manuel Castells

Oliván

La evolución de los medios de comunicación y las plataformas digitales ha transformado no solo la manera en que se selecciona y filtra la información, como en el caso del *gatekeeping*, sino también la forma en que el conocimiento se genera colectivamente, como lo ilustra la inteligencia colectiva de Pierre Lévy. Mientras que el *gatekeeping* resalta el control sobre los flujos de información y la influencia que ejercen los medios y los verificadores de hechos, la inteligencia colectiva plantea un modelo más colaborativo y descentralizado, donde el saber se construye a partir de la interacción y el aporte de múltiples individuos. Sin embargo, en este entorno aparentemente más abierto y democrático, surgen nuevas formas de poder que se distribuyen de manera desigual. En este punto, es útil introducir el concepto de sociedad red de Manuel Castells, que examina cómo los flujos de información en las redes están gestionados por nodos clave, o conmutadores, que controlan la circulación del conocimiento, reproduciendo así dinámicas de poder.

En la sociedad red, tal como la describe Manuel Castells en su obra *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, el poder no reside en instituciones centralizadas, sino en la capacidad de controlar los flujos de información que

circulan entre los nodos de una red. Los actores que poseen la capacidad de gestionar estos flujos, conocidos como conmutadores, ejercen un poder significativo dentro de la red. Estos actores, que pueden ser individuos, organizaciones o sistemas, deciden qué información circula, qué se prioriza y cómo se enmarca, lo que les otorga un poder significativo dentro de la estructura de la red (Castells Oliván, 1996, p. 550). Castells sostiene que estos conmutadores son los «instrumentos privilegiados del poder» en la era digital (Castells Oliván, 1996, p. 550).

3. Antecedentes (revisión de la literatura)

La revisión de la literatura existente permite entender cómo se han desarrollado las dinámicas en torno a la verificación de hechos, así como conocer aquellos temas ya abordados por el ámbito académico en este sentido. A continuación, se exploran los enfoques clave en cada modelo, destacando sus aportaciones y limitaciones.

3.1. Relacionados con el *fact-checking* tradicional

El *fact-checking* tradicional ha sido objeto de análisis exhaustivo en el ámbito del periodismo, con autores como Graves (2016) que han investigado su crecimiento y profesionalización en medios estadounidenses. En su obra *Deciding What's True: The Rise of Political Fact-Checking in American Journalism*, Graves describe cómo esta práctica ha evolucionado hacia la adopción de protocolos claros y estándares éticos que buscan asegurar la veracidad de las declaraciones públicas. Este enfoque sitúa a los verificadores de hechos como figuras de autoridad, actuando como gatekeepers que seleccionan qué afirmaciones analizar según criterios de relevancia y exactitud. La profesionalización de este modelo no solo busca informar, sino también instaurar un estándar de credibilidad en el discurso público, lo que fortalece la confianza en los medios que llevan a cabo esta labor.

Sin embargo, este modelo no está exento de limitaciones. Nyhan y Reifler (2010), en su estudio sobre el «*backfire effect*», ilustran cómo las correcciones de información falsa pueden tener un impacto contrario al esperado, reforzando las creencias erróneas en lugar de corregirlas. Este fenómeno es particularmente evidente en contextos donde existe una polarización política considerable y, por ende, donde los individuos tienden a aferrarse a sus ideas preconcebidas, incluso cuando se les presentan evidencias contrarias. Este hallazgo plantea importantes interrogantes sobre la efectividad del *fact-checking* tradicional para influir en audiencias cuya percepción está condicionada por sus afiliaciones ideológicas.

Además, Shin y Thorson (2017) analizan cómo las verificaciones de hechos se difunden en entornos digitales, mostrando que los usuarios de redes sociales tienden a compartir aquellos mensajes que refuerzan sus propias creencias políticas. Este comportamiento, al que llaman «*partisan selective sharing*», revela

un sesgo inherente en la difusión del *fact-checking* profesional, limitando su alcance y su capacidad para generar un consenso en torno a la verdad. En este contexto, las audiencias pueden percibir las correcciones como ataques a sus valores o ideologías, dificultando aún más la construcción de una verdad uniforme.

3.2. Relacionados con el *fact-checking* colectivo

En contraste, el *fact-checking* colectivo también enfrenta desafíos propios relacionados con la dinámica de las plataformas digitales y la naturaleza del contenido compartido. El ya mencionado estudio de Vosoughi, Roy y Aral (2018) explica cómo las noticias falsas tienden a difundirse más rápidamente debido a su contenido emocional y novedoso. Este hallazgo pone de manifiesto una paradoja fundamental del *fact-checking* colectivo: aunque fomenta la participación activa en la corrección de información, las mismas características que hacen atractivas las plataformas sociales pueden favorecer la proliferación de desinformación. En otras palabras, el espacio que permite a los usuarios colaborar en la corrección de información también amplifica el impacto de las noticias falsas, dificultando la resolución del problema y, en algunos casos, agravándolo.

Pennycook y Rand (2019) investigan la posibilidad de utilizar evaluaciones colectivas para identificar fuentes de noticias más confiables en redes sociales. En su estudio, exploran si los juicios de los usuarios pueden diferenciar de manera efectiva entre medios tradicionales, sitios hiperpartidistas y fuentes de desinformación. Sus hallazgos indican que, aunque existen diferencias partidistas en la percepción de confianza, en general, los participantes pudieron distinguir entre fuentes más y menos fiables. Además, los autores destacan que las valoraciones del público coincidieron en gran medida con las de verificadores profesionales, lo que sugiere que integrar estas evaluaciones en los algoritmos de clasificación de contenido podría ser una estrategia útil para reducir la propagación de desinformación en línea.

Zubiaga et al. (2016), por su parte, analizan cómo los usuarios interactúan en hilos de conversación en redes sociales para evaluar la propagación y resolución de rumores. Su estudio observa cómo los usuarios apoyan, cuestionan o desmienten

afirmaciones en función de su veracidad, diferenciando entre rumores que finalmente se confirman como verdaderos, falsos o permanecen sin resolver. Los autores destacan que los rumores que resultan ser falsos suelen tardar más en ser refutados que aquellos que son verdaderos, y que los usuarios tienen una tendencia a apoyar rumores no verificados antes de que su veracidad se determine. Además, observan que los desmentidos suelen ganar fuerza solo después de que un rumor ha sido oficialmente desacreditado.

3.3 Sobre la construcción de la verdad

Finalmente, Lewandowsky, Ecker y Cook, en su artículo «Beyond Misinformation: Understanding and Coping with the Post-Truth Era», exploran la huella de la era de la posverdad. Argumentan que la desinformación no es solo un problema de falta de conocimiento, sino que está arraigada en factores políticos, tecnológicos y sociales. Destacan que la corrección de la desinformación rara vez es completamente efectiva y que las emociones y creencias personales pueden superar los hechos, especialmente en entornos de alta polarización.

3.4 Conclusiones de la revisión de la literatura

La revisión de la literatura revela que la verificación de hechos enfrenta limitaciones tanto en su forma tradicional como en su variante colectiva. Si bien el *fact-checking* profesional ha desarrollado estándares y protocolos que refuerzan su credibilidad, su impacto puede verse reducido en entornos polarizados, donde las correcciones no siempre logran modificar creencias preexistentes. Además, la difusión de verificaciones en redes sociales está condicionada por sesgos ideológicos, lo que limita su alcance y efectividad en la construcción de consensos.

El *fact-checking* colectivo, por su parte, representa un enfoque alternativo que promueve la participación de los usuarios en la moderación del contenido. Sin embargo, la velocidad con la que se propaga la desinformación en entornos digitales sigue siendo un desafío, y los esfuerzos de corrección suelen ser más lentos y menos visibles que la difusión de rumores. A pesar de estas limitaciones, algunos estudios sugieren que la evaluación colectiva de la fiabilidad de las fuentes

podría integrarse en los algoritmos de plataformas para mejorar la moderación del contenido.

Más allá de la verificación de hechos, la literatura destaca que la construcción de la verdad no es un proceso exclusivamente basado en la disponibilidad de información veraz, sino que está influenciado por factores sociales, políticos y cognitivos. La persistencia de la desinformación en la era de la posverdad sugiere que corregir errores no es suficiente si no se abordan los mecanismos estructurales que favorecen su propagación y aceptación.

4. Metodología

El presente trabajo se enmarca en una investigación de carácter teórico y cualitativo, en la que se lleva a cabo un análisis comparativo de los modelos de *fact-checking* tradicional y colectivo. Dado que el objetivo principal es examinar cómo cada modelo contribuye a la construcción de la verdad, esta última es la variable dependiente de la investigación, mientras que el tipo de modelo de *fact-checking* es la variable independiente.

El diseño metodológico del estudio se sustenta en la selección de dos teorías que permiten enmarcar y comprender los modelos analizados. La decisión de trabajar con estas teorías no responde a una selección arbitraria, sino que surge de la necesidad de dotar a la investigación de un marco conceptual sólido que explique las dinámicas de cada modelo. Para ello, se ha optado por asociar el modelo tradicional con la teoría del *gatekeeping* y el colectivo con la teoría de la inteligencia colectiva.

La elección de la teoría del *gatekeeping* responde a un conocimiento previo adquirido en la asignatura de Teoría de la Comunicación del grado de Comunicación Internacional. Partiendo de este concepto, se investigó e identificó a David White como el autor que introdujo la idea de *gatekeeping*, en su obra *The Gatekeeper: A Case Study in the Selection of News* (1950). Sin embargo, dado que su estudio resulta limitado y está basado en un contexto mediático tradicional, se consideró necesario ampliar la perspectiva con enfoques más recientes. Así, se escogió la obra *Gatekeeping Theory* de Shoemaker y Vos (2009).

En cuanto a la verificación colectiva, la teoría de la inteligencia colectiva de Pierre Lévy (*Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio*, 1994) fue elegida debido a su énfasis en la construcción descentralizada del conocimiento a través de la participación de múltiples individuos. Esta teoría, estudiada en la asignatura de Comunicación Transmedia durante el intercambio académico realizado en Brasil el año pasado, ofrece un marco conceptual adecuado para analizar los procesos de verificación colaborativa en plataformas digitales, ya que también destaca el papel de las tecnologías digitales en la coordinación del

conocimiento, lo que es clave para entender la lógica detrás de este modelo en el que los usuarios se coordinan de manera descentralizada.

No obstante, las obras escogidas para tratar tanto el *gatekeeping* como la inteligencia colectiva carecen de un enfoque crítico sobre dichas teorías. Para subsanar esta limitación, se incorpora el concepto de conmutadores de Manuel Castells, desarrollado en *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. 1: La sociedad red* (1996). Esta noción permite analizar cómo los flujos de información son gestionados por nodos clave que ejercen control sobre qué datos circulan y cuáles quedan invisibilizados.

Por último, los cuatro criterios en los que se basa el análisis comparativo han sido seleccionados por su capacidad para revelar las diferencias estructurales entre ambos modelos y facilitar la comprensión de su impacto en el ecosistema informativo.

5. Análisis comparativo de ambos modelos

A la hora de comparar estos dos modelos, se presta atención a cuatro variables: (1) las diferencias en las dinámicas de poder; (2) la autoridad percibida de uno u otro y la consiguiente confianza o desconfianza que generan; (3) la probabilidad de resultar erróneo o manipulado; (4) la generación de sesgos en el público como consecuencia.

5.1. Las dinámicas de poder

Las dinámicas de poder en la verificación de hechos tradicional y colectiva son enormemente afectadas por la manera en que se gestionan los flujos de información dentro de cada modelo. Estos flujos, según Castells, son controlados por nodos clave que actúan como conmutadores, permitiendo o restringiendo el acceso y la visibilidad de ciertos contenidos. Aunque ambos modelos operan bajo estructuras y objetivos diferentes, los conmutadores están presentes en ambos, configurando las formas en que se construye y se distribuye la verdad.

En el *fact-checking* tradicional, los conmutadores son claramente identificables en las organizaciones periodísticas y en los verificadores profesionales, quienes ejercen un control centralizado sobre qué información se verifica y cómo se presenta. Estas entidades actúan como *gatekeepers*, filtrando grandes volúmenes de información y seleccionando qué hechos son dignos de análisis. Este proceso, aunque garantiza estándares de rigor, refuerza dinámicas de poder jerárquicas. Según Castells, estos conmutadores tienen la capacidad de moldear la percepción pública al decidir qué temas reciben atención y cuáles quedan relegados. Por ejemplo, una organización de *fact-checking* puede optar por priorizar temas de alta relevancia política o social, pero su decisión también puede estar condicionada por factores externos, como intereses comerciales o limitaciones de recursos. En este sentido, el control sobre los flujos de información en el modelo tradicional revela una estructura altamente centralizada, donde los conmutadores están claramente definidos y operan bajo un conjunto específico de estándares institucionales.

Por otro lado, el *fact-checking* colectivo introduce una estructura aparentemente más descentralizada, donde los usuarios de plataformas digitales pueden

participar activamente en la verificación de información. Sin embargo, esta descentralización es más compleja de lo que parece a primera vista. Castells señala que, incluso en redes colaborativas, existen puntos de control que concentran el poder. En este modelo, los algoritmos de las plataformas digitales actúan como conmutadores invisibles, ya que determinan qué correcciones reciben mayor visibilidad y cuáles son relegadas al margen. Estos algoritmos, diseñados principalmente para maximizar la interacción y el tiempo de permanencia de los usuarios en las plataformas, no necesariamente priorizan la información más veraz o relevante, sino aquella que se alinea con los intereses comerciales de la plataforma. De esta manera, los algoritmos introducen un filtro adicional que, aunque menos visible que en el modelo tradicional, tiene un impacto significativo en los flujos de información.

Además de los algoritmos, las cuentas con mayor alcance en las redes sociales también operan como conmutadores en el *fact-checking* colectivo. Los usuarios con una gran base de seguidores tienen la capacidad de amplificar ciertos mensajes, dando mayor visibilidad a las correcciones que consideran relevantes o alineadas con sus intereses. Este fenómeno puede ser tanto positivo como problemático: mientras que estas cuentas pueden ayudar a difundir información verificada, también pueden reforzar sesgos o priorizar narrativas que no necesariamente representan un consenso colectivo.

Un ejemplo paradigmático de estas dinámicas se encuentra en el sistema de Notas de la Comunidad de X. Este modelo permite a los usuarios contribuir directamente a la verificación de información mediante correcciones públicas. A primera vista, este enfoque parece democratizar la validación de información, pero en la práctica introduce barreras que plasman las dinámicas de exclusión propias de los conmutadores.

Según Castells, «la inclusión y exclusión en las redes es una de las principales dinámicas del poder en la sociedad red» (Castells Oliván, 1996, p. 502), y las Notas de la Comunidad ilustran perfectamente esta afirmación, mostrando cómo los conmutadores operan incluso en sistemas que buscan ser abiertos y colaborativos.

Por lo tanto, el concepto de «conmutador» es clave para entender las dinámicas de poder que condicionan el acceso y la distribución de información. Ambos modelos están profundamente marcados por estas dinámicas, que configuran de manera decisiva cómo se valida y difunde la información.

5.2. La autoridad percibida y la consiguiente confianza o desconfianza

La autoridad percibida es otro factor clave para entender cómo el público recibe y valora el trabajo de los modelos de *fact-checking*. La confianza o desconfianza hacia estos sistemas no solo depende de su estructura o funcionamiento interno, sino también de las expectativas sociales, los contextos culturales y las experiencias previas de las audiencias con las instituciones o plataformas asociadas a cada modelo.

En el caso de la verificación tradicional, la autoridad percibida proviene principalmente de la legitimidad institucional de los actores involucrados. Las organizaciones periodísticas y los verificadores profesionales suelen ser vistas como figuras de referencia debido a su experiencia, metodologías estandarizadas y códigos éticos. Esta legitimidad institucional se apoya en una narrativa histórica que asocia a los medios tradicionales con el rigor informativo y la objetividad. Para muchos sectores del público, la presencia de un logo reconocido o el respaldo de una institución consolidada son suficientes para conferir credibilidad al contenido verificado.

Sin embargo, esta percepción de autoridad también puede generar desconfianza en audiencias más críticas o polarizadas. En contextos donde los medios tradicionales han sido acusados de sesgo o parcialidad, el público puede percibirlos como actores interesados que priorizan agendas específicas sobre la objetividad. Esto es particularmente evidente en situaciones de alta polarización política, donde las audiencias tienden a interpretar las verificaciones en función de sus propios valores y creencias. Por ejemplo, cuando un medio verifica una afirmación de un actor político, sus seguidores pueden percibirlo como un ataque ideológico, reduciendo así la confianza en el proceso de *fact-checking* profesional. Además, el hecho de

que estas organizaciones trabajen bajo restricciones editoriales y comerciales refuerza la percepción de que su trabajo no siempre es completamente imparcial.

En contraste, el *fact-checking* colectivo no se basa en la legitimidad institucional, sino en la participación activa de la comunidad, promoviendo la idea de que el conocimiento colectivo es más diverso y, por lo tanto, más confiable. Las plataformas que implementan estos sistemas se presentan como espacios abiertos donde los usuarios pueden colaborar para corregir información errónea. En teoría, esta descentralización democratiza la validación de información, lo que puede aumentar la confianza en audiencias que desconfían de las élites mediáticas.

Sin embargo, esta percepción de mayor transparencia y participación también tiene sus límites. La falta de figuras expertas reconocidas puede generar dudas sobre la calidad de las verificaciones en este modelo. Además, la presencia de algoritmos que priorizan ciertas correcciones y la influencia de usuarios con mayor alcance introducen nuevas dinámicas de poder que pueden minar la confianza en el sistema. Por ejemplo, si una corrección en las Notas de la Comunidad recibe poca visibilidad a causa del algoritmo, el público podría interpretar esto como una falta de rigor o como una manipulación intencionada por parte de la plataforma —la cual también puede tener una agenda y unos intereses políticos determinados—. Asimismo, la ausencia de un estándar único de validación hace que las audiencias más críticas cuestionen la coherencia y la consistencia del proceso.

La comparación entre ambos modelos también revela cómo las audiencias evalúan la autoridad percibida en función de sus propias experiencias y valores. El público que valora la especialización y el rigor técnico puede inclinarse hacia el *fact-checking* tradicional, mientras que aquellos que buscan una mayor participación ciudadana o desconfían de las instituciones pueden preferir el modelo colectivo. Esta división también se alimenta de las narrativas que los propios actores mediáticos y políticos construyen en torno a estos modelos, moldeando las percepciones públicas.

5.3. La probabilidad de que la información sea errónea o manipulada

Por otra parte, la probabilidad de error o manipulación en los modelos de verificación es un aspecto crítico que afecta su eficacia y la percepción pública de su credibilidad. Aunque ambos modelos tienen mecanismos diseñados para minimizar errores y evitar la manipulación, las estructuras y dinámicas internas de cada uno generan vulnerabilidades específicas que merecen un análisis detallado.

En el caso del *fact-checking* tradicional, el proceso de verificación está cuidadosamente estructurado, con metodologías claras y profesionales capacitados que aseguran un alto grado de rigor. Esto reduce significativamente la probabilidad de errores accidentales, ya que las afirmaciones verificadas suelen pasar por múltiples niveles de revisión antes de ser publicadas. Sin embargo, y, una vez más, esta centralización también crea un punto único de fallo: si los *gatekeepers* de la información cometen un error, este puede difundirse ampliamente debido a la confianza depositada en estas instituciones. Además, la naturaleza jerárquica del modelo lo hace, de nuevo, más susceptible a presiones externas, como intereses comerciales, ideológicos o políticos, que pueden influir en la selección y enmarcado de las verificaciones.

Por su parte, el *fact-checking* colectivo se enfrenta a un conjunto diferente de riesgos. La descentralización y la participación masiva de usuarios pueden, en teoría, mitigar errores individuales, ya que el conocimiento colectivo tiende a corregir las imprecisiones a medida que más personas contribuyen al proceso. Sin embargo, en la práctica, esta apertura también amplifica la probabilidad de que información incorrecta o manipulada gane tracción antes de ser corregida. Esto se debe, en gran medida, a la rapidez con la que las plataformas digitales permiten que el contenido se propague. Además, la falta de estándares uniformes y la ausencia de una revisión centralizada significan que las correcciones colectivas pueden variar en calidad y precisión, dependiendo del nivel de compromiso y del conocimiento de los participantes.

La manipulación es otro desafío importante en el *fact-checking* colectivo. Debido a que el sistema permite la participación de cualquier usuario, actores

malintencionados pueden infiltrarse para distorsionar el proceso. Grupos organizados o cuentas falsas pueden coordinarse para validar información incorrecta, aprovechándose de la falta de supervisión experta. Incluso los algoritmos de las plataformas, que actúan como conmutadores invisibles, pueden ser manipulados para priorizar ciertas correcciones, amplificando errores o narrativas sesgadas.

Asimismo, las plataformas de redes sociales y foros *online* no reflejan de manera equitativa la diversidad sociológica y política de la sociedad, lo que condiciona la el *fact-checking* colectivo. La composición de los usuarios que participan en estas verificaciones está influida por factores como la migración de audiencias, las políticas de moderación y la percepción ideológica dominante en cada espacio digital. Por ejemplo, tras la adquisición de Twitter por parte de Elon Musk y los cambios en sus políticas de contenido, una parte significativa de usuarios con posturas progresistas migró a plataformas como Bluesky (Luca Iltimani, 2024). Este cambio ha modificado la distribución ideológica en X, lo que podría influir en la orientación de la verificación colectiva dentro de la plataforma. Si la comunidad de verificadores está sesgada hacia un determinado espectro político, las verificaciones tenderán a reflejar la visión predominante en la red en lugar de un consenso más amplio.

Este fenómeno no es exclusivo de X y se observa en diversas plataformas que, con el tiempo, han desarrollado perfiles ideológicos marcados. Mientras algunas atraen mayoritariamente a usuarios con posturas progresistas, otras se convierten en espacios dominados por perspectivas conservadoras o libertarias.

5.4. La generación de sesgos como consecuencia

La manera en que los distintos modelos de verificación operan no sólo influye en la detección y corrección de desinformación, sino que también condiciona la forma en que el público percibe y procesa la información verificada. En este sentido, ambos modelos generan sesgos en la audiencia, ya sea reforzando creencias preexistentes, alterando la percepción de la credibilidad de los medios o influyendo en la manera en que las personas evalúan la veracidad de los hechos.

En el caso del *fact-checking* tradicional, el sesgo más evidente que genera en el público es el de autoridad cognitiva. Dado que las verificaciones provienen de fuentes institucionales como medios de comunicación o plataformas especializadas, la audiencia tiende a aceptar la información validada sin cuestionarla críticamente, confiando en la autoridad de los verificadores. Este sesgo puede ser positivo en el sentido de que refuerza la credibilidad de información precisa, pero también puede hacer que el público desarrolle una actitud pasiva frente a la verificación de hechos, delegando completamente su juicio a terceros. Esto tiene el potencial de debilitar el pensamiento crítico y de reforzar la idea de que la verdad es establecida exclusivamente por entidades profesionales, lo que puede generar una dependencia informativa.

Al mismo tiempo, este modelo también puede provocar un sesgo de escepticismo selectivo en ciertos sectores del público. En contextos de polarización significativa, cuando las verificaciones contradicen creencias previas, es común que la audiencia rechace la información validada, argumentando que las organizaciones de *fact-checking* —sean medios de comunicación tradicionales, empresas, plataformas de redes sociales, ONG, o cualquier otra forma— tienen una agenda oculta o están influenciadas por intereses políticos o económicos.

Así, el *fact-checking* tradicional, al depender de instituciones con credibilidad establecida, genera tanto adhesión incondicional en unos sectores como rechazo absoluto en otros, dependiendo de la confianza previa que tenga el público en los medios que realizan las verificaciones.

En el *fact-checking* colectivo, el sesgo principal que se genera en la audiencia es el sesgo de consenso aparente. Dado que las verificaciones surgen de la interacción entre múltiples usuarios, el público puede percibir las como una representación objetiva de la opinión mayoritaria, asumiendo que lo que ha sido corregido o validado colectivamente es necesariamente cierto. Sin embargo, esta dinámica no siempre refleja un consenso real, sino una construcción algorítmica de visibilidad. Las verificaciones más destacadas en plataformas como X no necesariamente son las más precisas, sino las que han sido más apoyadas dentro de la comunidad de verificadores, lo que introduce un riesgo de uniformidad artificial en la percepción

de la verdad. Este sesgo puede llevar a que la audiencia confíe en correcciones colectivas sin evaluar críticamente su validez, cayendo en una ilusión de objetividad basada en la cantidad de votos o interacciones que una corrección haya recibido.

Otro sesgo importante generado por el *fact-checking* colectivo es el sesgo de refuerzo comunitario o de «cámara de eco». Dado que en este modelo la verificación está abierta a la participación de los usuarios, las correcciones tienden a ser aceptadas con mayor facilidad por aquellos que ya comparten la visión dominante dentro de la plataforma o comunidad en la que se realizan. Esto refuerza la formación de burbujas informativas, donde los usuarios validan entre sí información que encaja con sus perspectivas preexistentes, mientras que rechazan o ignoran las verificaciones que desafían su marco de referencia. A diferencia del *fact-checking* tradicional, donde el rechazo de la verificación proviene de la desconfianza hacia la institución emisora, en el modelo colectivo el rechazo se produce cuando una corrección proviene de un grupo que no es percibido como afín ideológicamente o que no tiene suficiente respaldo dentro de la comunidad.

En definitiva, ambos modelos no solo buscan corregir desinformación, sino que, como consecuencia de sus estructuras, generan sesgos que moldean la forma en que el público interactúa con la información.

6. Conclusiones, limitaciones, y posibles vías de investigación relacionadas

6.1. Conclusiones

Lejos de concluir que uno de los modelos es superior al otro, el análisis evidencia que ambos responden a lógicas diferentes y cumplen funciones complementarias en la construcción de la verdad.

El *fact-checking* tradicional, al estar basado en instituciones especializadas y criterios profesionales, garantiza un alto grado de rigor metodológico y fiabilidad, reduciendo la probabilidad de error a través de procesos estandarizados de verificación. Sin embargo, su carácter centralizado lo hace más vulnerable a influencias externas, como presiones políticas, económicas o ideológicas, lo que puede afectar la selección y presentación de los hechos. Además, este modelo enfrenta una crisis de confianza en un contexto de creciente escepticismo hacia los medios de comunicación tradicionales, lo que limita su capacidad de impactar a ciertos sectores de la audiencia.

Por otro lado, la verificación colectiva se presenta como una alternativa descentralizada, donde la verificación de información es gestionada por los propios usuarios a través de plataformas digitales. Su principal fortaleza radica en su capacidad de adaptación y en la diversidad de perspectivas que puede integrar, lo que permite corregir errores de forma más dinámica y participativa. No obstante, su estructura abierta también introduce vulnerabilidades, como la posibilidad de manipulación por parte de actores organizados, la influencia de algoritmos en la visibilidad de las verificaciones y la ausencia de estándares uniformes de calidad.

En este sentido, cabe señalar que, por su propia naturaleza, cada uno de los modelos puede resultar más adecuado para distintos ámbitos. El modelo tradicional, más técnico y profesionalizado, tiende a ser más útil en áreas donde el conocimiento experto es clave para evaluar la veracidad de los hechos, como ocurre en el ámbito científico o jurídico. En cambio, el modelo colectivo puede ser especialmente eficaz en contextos donde las interpretaciones son más plurales, las fronteras entre verdad y opinión son más difusas y el riesgo de manipulación es

mayor, como sucede en el terreno político o mediático. Esta diferenciación funcional refuerza la idea de que ambos modelos no son excluyentes, sino que pueden actuar de forma complementaria, abordando distintos aspectos del ecosistema informativo.

A su vez, cabe resaltar que ambos modelos dependen de conmutadores que determinan qué información es validada y difundida. En el modelo tradicional, estos conmutadores son los medios de comunicación y las organizaciones dedicadas a estas labores de verificación, mientras que en el modelo colectivo, los algoritmos de las plataformas y las dinámicas de interacción entre usuarios cumplen esta función.

Asimismo, la investigación ha mostrado que ninguno de los dos modelos es inmune a sesgos. El tradicional tiende a generar un sesgo de autoridad, donde el público confía en las verificaciones sin cuestionarlas, o bien desarrolla un escepticismo extremo en función de sus propias creencias. En cambio, el modelo colectivo favorece el sesgo de consenso aparente y el efecto de cámara de eco, donde las verificaciones más visibles pueden no ser necesariamente las más precisas, sino aquellas que se alinean con la narrativa predominante en una comunidad digital.

Sin embargo, más allá de las limitaciones y ventajas propias de cada modelo, este estudio subraya que la construcción de la verdad es un proceso inherentemente complejo que no siempre se corresponde con los hechos. No se trata solo de identificar datos objetivos o corregir información errónea, sino de comprender que la percepción de la verdad está mediada por expectativas previas, valores, creencias personales, contexto sociopolítico y estructuras de poder. Tanto el público como los propios verificadores de hechos no operan en un vacío neutral, sino dentro de marcos interpretativos que condicionan qué se considera verdadero o falso y con qué grado de certeza. Este hecho limita de manera considerable el alcance y propósito del *fact-checking*, ya que, incluso cuando las verificaciones son precisas desde un punto de vista factual, no siempre logran modificar creencias preexistentes ni evitar la propagación de desinformación en un entorno altamente polarizado.

6.2. Limitaciones del estudio y posibles líneas de investigación relacionadas

Este estudio, al ser de carácter teórico y cualitativo, se ha basado en el análisis conceptual y en la literatura académica existente, sin realizar una investigación empírica o experimental. Si bien este enfoque ha permitido una comprensión profunda de las dinámicas estructurales de ambos modelos, futuras investigaciones podrían complementarlo con estudios empíricos que midan el impacto real de cada modelo en la percepción y el comportamiento del público.

Otra vía posible de investigación consiste en comparar ambos modelos a partir de otras teorías de la comunicación que permitan analizar su influencia en la agenda pública y en la interpretación de los hechos. Por ejemplo, la teoría del «*agenda-setting*» permitiría estudiar hasta qué punto los verificadores tradicionales o colectivos contribuyen a jerarquizar ciertos temas en el debate público, o el «*framing*» puede ser útil para entender cómo la forma en que se presentan las verificaciones afecta la interpretación del público.

Además, el análisis se ha centrado en la verificación de hechos en plataformas digitales, sin abordar en profundidad cómo esta opera en otros entornos, como la televisión o la prensa escrita. Ampliar el estudio a estos contextos permitiría explorar cómo la evolución del ecosistema mediático influye en la eficacia de la verificación de hechos.

Otra línea de investigación relevante sería examinar el papel de la inteligencia artificial en este sentido. Con el auge de herramientas de IA capaces de generar y detectar contenido falso (*deepfakes*, audios sintéticos, textos automatizados, etc.), los modelos de *fact-checking* deberán adaptarse para enfrentar estos desafíos. Analizar cómo la IA puede integrarse en estos procesos, tanto como una herramienta para mejorar la verificación como un factor que podría agravar la desinformación, es de enorme relevancia de cara al futuro.

En definitiva, la verificación de hechos es un componente fundamental del ecosistema informativo contemporáneo, pero su efectividad depende no solo de la

estructura de los modelos que la sustentan, sino también de la confianza del público y de las dinámicas tecnológicas y sociales en las que se inscribe. Comprender estas interacciones seguirá siendo un desafío clave en la lucha contra la desinformación del presente y del futuro.

7. Bibliografía

Castells Oliván, M. (1996). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*. Vol. 1: La sociedad red. Alianza Editorial.

Graves, L. (2016). *Deciding what's true: The rise of political fact-checking in American journalism*. University of Chicago Press.

Ittimani, L. (2024, 13 de noviembre). Bluesky gains over a million users as people flee X after US elections. *The Guardian*. Obtenido de: <https://www.theguardian.com/technology/2024/nov/12/us-election-bluesky-users-flee-x-twitter-trump-musk>

Lévy, P. (1994). *Inteligencia colectiva: Por una antropología del ciberespacio* (F. Martínez Álvarez, Trad., 2004).

Lewandowsky, S., Ecker, U. K. H., & Cook, J. (2017). Beyond misinformation: Understanding and coping with the “post-truth” era. *Journal of Applied Research in Memory and Cognition*, 6(4), 353-369.

Nyhan, B., & Reifler, J. (2010). When corrections fail: The persistence of political misperceptions. *Political Behavior*, 32(2), 303-330.

McMahon, L., Kleinman, Z., & Subramanian, C. (2025, 7 de enero). *Facebook and Instagram get rid of fact checkers*. BBC News. Recuperado el 20 de marzo de 2025, de <https://www.bbc.com/news/articles/cly74mpy8klo>

Pennycook, G., & Rand, D. G. (2019). Fighting misinformation on social media using crowdsourced judgments of news source quality. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 116(7), 2521-2526.

Reuters Institute for the Study of Journalism. (2023). *Digital News Report 2023*. Reuters Institute for the Study of Journalism.

Shoemaker, P. J., & Vos, T. P. (2009). *Gatekeeping theory*. Routledge.

Shin, J., & Thorson, E. (2017). Partisan selective sharing: The biased diffusion of fact-checking messages on social media. *Journal of Communication*, 67(2), 233-255.

Vosoughi, S., Roy, D., & Aral, S. (2018). The spread of true and false news online. *Science*, 359(6380), 1146-1151.

White, D. M. (1950). The gatekeeper: A case study in the selection of news. *Journalism Quarterly*, 27, 383-391.

Zubiaga, A., Liakata, M., Procter, R., Hoi, G. W. S., & Tolmie, P. (2016). Analysing how people orient to and spread rumours in social media by looking at conversational threads. *PLOS ONE*, 11(3), e0150989.